

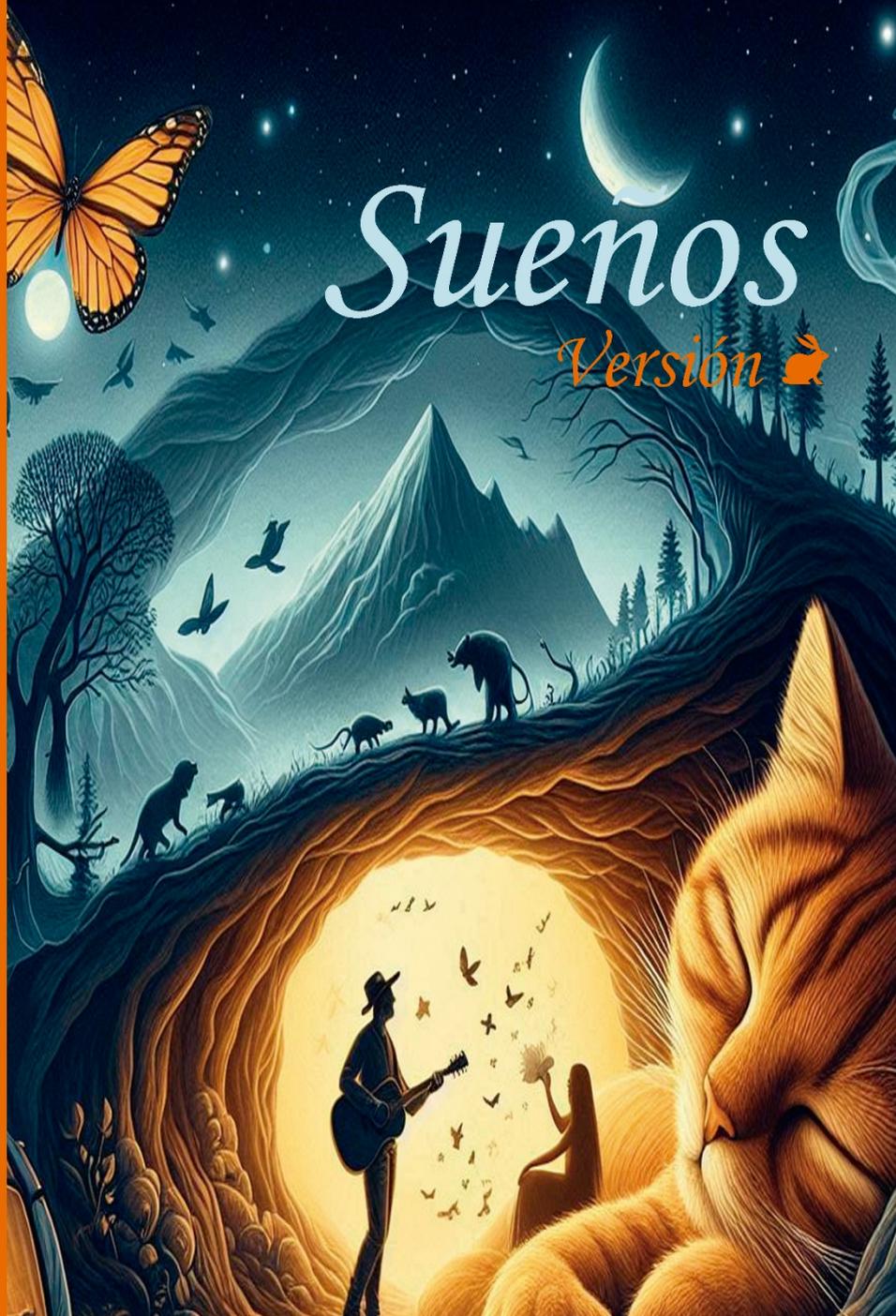


Versión

Sueños



Alejandro Pérez Rivera



Sueños

Versión 

Alejandro Pérez Rivera



Sueños

Versión 

2025

Alejandro Pérez Rivera

Prólogo: Yoyis

Prólogo

¿Y si no estuviera despierto?

¿Y si todo fuera un sueño?

Con gran interés, vuelvo a leer este libro, donde el autor le da vida a una nueva historia, una que personalmente sabía que llegaría.

Esta vez llega **Sueños** el cual te invito a leerlo y a emocionarte con cada momento que se nos va contando y que nos despierta una gran curiosidad. Si realmente está soñando o está despierto. Si Bob era realmente un gato

que habla o si todo lo que ha sentido y vivido en esta historia era parte de su realidad. Quise decir, la de Arti. O es parte de imaginarse soñando un sueño.

Espero que ustedes al leerlo también encuentren junto con él, el deseo de encontrar un sueño con un final feliz. Donde lleguen a entender el porqué Arti Conejo quería despertar... O quizá no.

Ah, olvidé algo importante que leí en este libro, Arti sí cree, sí cree que:

Que los sueños son una especie de mundo mágico, en una dimensión donde muchas cosas podemos hacer. Podemos volar, viajar a otros planetas, hacer cosas que normalmente no podemos, bucear en el mar sin problemas, respirar bajo el agua, conocer duendes, hadas y otros seres que creemos que sólo existen en nuestra imaginación.

Gracias Ales, por esta nueva historia.

Yoyis

Dedicatoria.

Para mi Papá[†]

Por enseñarme las cosas más valiosas que aprendí
en mi vida

Para Claudio

Que siempre soñó con despertar

Para El Canguro

A quien muchos admirábamos

Sueños

Versión 🐣

EL PRIMER SUEÑO

¿Usted alguna vez soñó? Espero que comprenda mi historia.

Estaba amaneciendo y era momento de levantarse e ir a la escuela. Aún con los ojos adormilados, intenté ponerme de pie para bañarme como todas las mañanas. Ese día por alguna extraña razón el boiler no calentaba nada, así que me vi obligado a bañarme con agua casi helada. Era curioso porque era un calentador nuevo y no tenía por qué fallar. En fin, me bañé, me vestí para el trabajo y me dirigí a la cocina para prepararme el

desayuno. Como todos los días, claro, huevos revueltos con un poco de sal. Lo curioso comenzó ahí, al abrir uno de los huevos salió de él volando una mariposa amarilla. –

– ¡Qué extraño! – . Me dije yo. Eso nunca me había pasado. Intentando darme una explicación del por qué saldría una mariposa de un huevo, recordé que las gallinas a veces comen gusanos de tierra, estos a su vez se convierten en mariposas. Pues ahí la razón. La mariposa era amarilla, porque ha de haberse alimentado de la yema el huevo durante su metamorfosis dentro del huevo. Una crisálida de cascarón de pollo.

¡Pero espere! Apenas comienza todo lo extraño que sucedió en aquel día.

El gato Bob se despidió de mí en su torpe español, sólo con ganas de que lo dejara en paz y pudiera seguir durmiendo (Muy común en los gatos de color naranja). Así que me despedí y salí a la calle.

Nunca había visto nevar como ese día, de hecho, nunca había visto nevar. Conocí la suavidad de los copos de nieve que antes sólo había visto en la televisión. Las calles blancas y solitarias me sirvieron de pasaje para mi destino. Era normal ver pasar caballos y autos sobre la misma vía, era como un choque de distintas y remotas épocas. Yo preferí caminar, no tenía ganas de tomar el autobús, y de caballos, nada. No sabía montar ni mucho menos.

No recuerdo mucho del trayecto, pero sí recuerdo que ya estaba en la escuela, y un poco perdido me dirigí a la dirección de ésta para preguntar por mis clases de ese día. No recuerdo por qué no sabría que materias me correspondían ese día ni en que salón debería de tomarlas. En fin, después de preguntar y preguntar, tuve que buscar por mí mismo a mis compañeros, ya que nadie tenía idea de mis clases. Después de mucho bajar y subir y andar por los corredores, reconocí a uno de mis compañeros de clase. Me acerqué a él, y éste asombrado me preguntó – ¿Qué haces aquí? Hoy no hay clases, yo únicamente vengo a entregar el proyecto final que nos encargó la profesora de ciencias. –¿Proyecto? ¿Cuál proyecto? ¡No sabía nada al respecto! – respondí asombrado. Una risa divertida salió de su garganta. – Ja, ja, otra vez lo mismo, siempre te pasa igual. Había algo en su expresión y en sus palabras que no entendía. – ¿Siempre me pasa qué? – pregunté. ¿No te has dado cuenta verdad? ¡Como siempre! – ¿Darme cuenta de qué? No entiendo, explícame.

Un largo silencio se hizo entre los dos, yo tratando de entender que pasaba.

–¡Estás soñando de nuevo!, ¿No te das cuenta?

– ¿Soñando? No entiendo.

– Siempre es lo mismo contigo. Pero bien, intentaré explicarte una vez más. ¿No has notado que hay algo raro en el ambiente? Te parece normal que vengas a

la secundaria si tu hace mucho que terminaste la universidad. ¿Es normal que los gatos hablen?

Y en ese momento comencé a entender. Como una ráfaga recordé lo de la nieve, lo del gato Bob y lo del huevo con mariposa. Me estiré mi dedo, como suelo hacer en esas ocasiones y me di cuenta efectivamente que estaba dormido y soñando. Eso del dedo me lo enseñó un amigo:
– Si se estira estás soñando, y si no se estira también.



No sé cuánto tiempo pasé para asimilar lo que recién había entendido.

– Soñando, otra vez soñando. ¿Cuántas veces me ha pasado esto? – me pregunté sin la intención de tener una respuesta.

– Oye Lucas, dime y ahora como salgo de aquí.

– Ja, ja – Otra vez rio de la misma manera. Ahora eso averígualo tú. Yo me voy, me necesitan en otro sueño
– Se rio nuevamente y se alejó volando por encima de los árboles.

– ¿Y ahora? ¿Cómo salgo de este sueño? – No recordaba que tenía que hacer para salir. Me pellizqué, me eché agua en la cara, cerré y abrí los ojos, me jalé el cabello, chupé un limón, me di de cachetadas. En fin hice tanta locura como se me ocurrió y nada. Si bien, ahora

sabía que estaba soñando, no sabía cómo salir de este raro sueño.

Sin atinar como escaparme del sueño en que estaba, me dirigí de regreso a casa, quizá ahí encontraría una solución. Recuerdo haber regresado volando. – ¿Era un sueño, no? Entonces podía volar. Aunque torpemente volé de a casa y un tanto perdido tardé en encontrar el camino de regreso. Al final llegué. Abrí la puerta y vi al gato Bob acostado en su camita de algodón, jugando con su gatito de peluche.

– ¿Como te fue? Me preguntó nuevamente en su torpe pero entendible español.

– No me hables, le dije. Ya me enteré que estoy soñando. Y que los gatos no hablan.

Sin importarle mis palabras, arañó su cama dio unas vueltas y regresó a lo suyo. – Los gatos naranjas son así me dije.– Y me olvidé de lo extraño que son los gatos en los sueños.

Ahora tenía asunto más importantes. Cómo salir de ese sueño.



– ¿Y si no era verdad que estuviera dormido y soñando? – Repentinamente me entró esa inquietud y poco a poco comencé a considerarla seriamente.

– ¿Cómo estar seguro de que es un sueño? Yo veo todo igual, salvo por el gato que habla, que otra cosa me asegura de que estoy dormido.

Y así estuve pensando y divagando entre mis pensamientos tratando de descubrir la verdad sobre lo que estaba pasando.

– ¡Ya sé! Me dije. La solución es fácil. ¿Por qué no la había pensado antes? Me vuelvo a acostar, me duerme y listo. Cuando despierte, habré salido de este extraño sueño.

Y eso fue lo que hice. Me recosté sobre un sillón de base suave, más suave que lo que recuerdo. Intenté dormir. Bueno, tampoco tengo la receta para quedarme dormido. Así que esperé por más de media hora a quedarme dormido y nada. Me levanté tomé un vaso de leche caliente, miré al gato Bob, con un gesto de indiferencia me dijo en un tosco “gatonés” sólo cierra los ojos y te despertarás. Pues no tuve remedio que tomarle la palabra, y ¡Voilà! El ruido del despertador, me regresó a la realidad. Me vi en mi cama, y di un largo suspiro de alivio.

– Por fin– , Dije para mí mismo. Ya me estaba preocupando.

Miré el reloj de pared, y marcaba las 7:00 am. Justo para irme a la escuela. Me dirigí a tomar la ducha matutina como cada día. Tomé un poco de café y me preparé un par de huevos. Recordé la mariposa de mi sueño, pero nada.

Todo bien, los huevos salieron perfectos, terminé el desayuno y me dispuse a salir. Vi al gato Bob echado en su camita y le dije:

– Nos vemos en un rato Bob.

El gato Bob me miró con su cara habitual de fastidio y antes de salir a la calle le escuché decir:

– Ten un buen día Arti.



EN TERAPIA

– Arti Conejo, ¿No es así? Señor Arti Conejo ¿Es su nombre verdad?

– Sí así es – Asentí automáticamente.

– ¿Es todo su nombre? ¿Algún otro apellido?

– No eso es todo.

– ¿Cómo le gustaría que le llame? ¿Señor Arti? ¿Señor Conejo?

Arti está bien, no es tan importante.



Arti Conejo era un hombre solitario que había acudido a terapia al consultorio de la conocida doctora Emely Spinoza, terapeuta altamente conocida por sus trabajos relacionados con la terapia del sueño. Autora del libro “Del subconsciente al análisis onírico de las frustraciones humanas” y muchos otros más.

Arti tuvo que pasar más de dos meses para poder conseguir una cita con la famosa doctora. Bien conocida por sus éxitos tratando a pacientes de alto nivel social y artístico. Sus honorarios eran altos, pero afortunadamente Arti podía cubrirlos.

Arti se definía a sí mismo como un artista incomprendido. Realmente se dedicaba a escribir artículos en revistas literarias y con lo que ganaba era suficiente para pagar los honorarios de la doctora.

– Necesito explicarle a alguien lo que me está pasando. – Se decía Arti Conejo a sí mismo. –No es normal lo que me pasa, necesito ayuda y creo que mi dinero será bien invertido al venir aquí.

Su pensamiento fue interrumpido por el llamado de la asistente que dijo con una voz muy amable:

– Señor Conejo. Por favor puede pasar al consultorio. La doctora lo espera.



– Tome asiento por favor.

Era la primera vez que veía en persona a la doctora. Solamente la conocía por las contraportadas de sus libros. Libros que desde luego había leído en su totalidad Arti.

Muy para la sorpresa de Arti la doctora era realmente joven y muy bella, cosa que en las ilustraciones de los libros no se alcanzaba a distinguir. De cabello parcialmente rubio y ondulado, de una mirada dulce y una voz suave y agradable de escuchar. En ese momento Arti dejó volar su imaginación, se imaginaba como sería tener una novia tan bella e inteligente como la doctora Spinoza.

– ¿Arti Conejo? – Escuchar su nombre lo sacó de ese efímero enamoramiento en el que había caído.



– En qué puedo servirte Arti. – Le extendió la mano y alcanzó a aspirar un suave perfume con olor a flores de campo. – “Fleurs de Champs” – se dijo para sí mismo en voz baja.

Recibió su saludo y tomó asiento en un sillón sumamente cómodo, cubierto de piel y en el que seguramente personajes famosos habían estado en el pasado.

– ¡Buenos días! No sé por dónde comenzar. He esperado mucho tiempo por tener esta consulta y ahora que ya estoy frente de usted no sé por dónde comenzar.

Intentó poner en orden sus ideas para poder explicar el motivo que le llevaba ahí.

– Qué tal si comienzas contándome, a qué te dedicas, y cuánto tiempo llevas dedicándote a eso.

Asintió y comenzó a recitar un resumen rápido de su currículum. Sus palabras surgían de forma acelerada, denotando claramente el nerviosismo en que se encontraba.

— Me llamo, como ya sabe, Arti Conejo, Conejo por parte de madre y padre. Soy escritor, claro no tan bueno como usted. Pero con eso me gano la vida. En realidad no requiero mucho, así que este trabajo me da la libertad de dedicar mi tiempo a otras cosas que son de mayor interés para mí.

Y por cerca de 5 minutos estuvo contándole su origen, su paso por la escuela y su experiencia laboral. Nada interesante, como bien hacía resaltar Arti cada que podía.

La doctora escuchó con paciencia, esperando que se tranquiliza un poco y comenzara a abrirse un poco a la terapia.

— Si usted se definiera en una sola palabra. ¿Cuál sería?

— ¡Soñador! — Dijo Arti con una seguridad como si hubiese ensayado por mucho tiempo esa respuesta que para él era bien conocida.

— Pues entonces estás en el lugar correcto. Aquí me dedico principalmente a dar terapia del sueño a mis pacientes y todas las complicaciones que puedan surgir.

— ¡Soñador! — Se repitió para sí mismo en silencio. Y por primera vez sonrió como en mucho tiempo no lo había hecho.



Después de varios minutos de recopilación de la información básica del paciente, la doctora terminó de hacer la apertura de su expediente. Comenzó a grandes rasgos a platicar con su nuevo paciente respecto a sus métodos de tratamiento.

— Pues bien con tus datos ya registrados comenzaré con explicarte un poco sobre el tipo de terapia que doy. Mi terapia principalmente va dirigida a pacientes con trastornos del sueño, es decir que no pueden dormir lo suficiente, de las consecuencias que le trae estos a su

vida diaria, y claro de todos los problemas que se puedan relacionar con el origen de la falta de sueño.

Arti sólo escuchaba con atención hasta que la doctora le pidió que comenzara a explicar cuál era su problema.

– Explícame por favor que es lo que te pasa. ¿Desde cuándo no puedes dormir bien? ¿Te sientes cansado? ¿Cómo afecta esto a tu vida diaria?

– Espere doctora – La interrumpió Arti. –Mi problema es ... – Hizo una pausa y continuó– Un poco diferente. ¡Yo lo que quiero es despertar!



Con un gesto de extrañeza, intentó entender lo que le estaba diciendo. – No te entiendo – dijo. Explícame por favor con más calma.

La doctora ahora con ligera curiosidad, espero a que Arti comenzara a hablar de lo que le estaba sucediendo.

Un poco ansioso, tomó un poco de aire y comenzó a explicar.

– No es exactamente que esté dormido en este momento. No estoy queriendo despertar ahora. Mi problema, mi gran problema es que cuando voy a dormir no puedo despertar. La situación es demasiado complicada. Me altera los nervios. Mi vida se ha vuelto un caos. Amanezco sumamente cansado.

Ya con verdadera curiosidad, la doctora le invitó a que fuera más claro en lo que estaba diciendo.

— No sé cómo explicarlo, para mí también es muy confuso.

Arti era una persona muy nerviosa. Tenía múltiples tics en el cuerpo. Su oreja izquierda normalmente le saltaba cada que no sabía cómo expresar lo que sentía. Sus dedos no los podía mantener quietos, en todo momento jugaba con lo que tuviera a la mano. En fin era todo una compendio de irregularidades corporales.

Al ver la doctora que no podía expresar en ese momento lo que quería explicar y viendo que su ansiedad iba en aumento le dijo lo siguiente a su paciente:

— Te parece que con calma en tu casa comiences a escribir o describir algunos de tus sueños. Y en la siguiente sesión con base en esto que escribas comenzaremos a analizar tu caso.

Ante su creciente nerviosismo Arti, asintió con un gesto afirmativo.

— Nos vemos en la siguiente sesión — pronunció Arti de una manera casi imperceptible. Tomo aliento y salió rápidamente del consultorio.

— ¡ Sí que hay pacientes locos! — Se dijo para sí misma la doctora Spinoza. Y vio con un poco de compasión como se alejaba su novel paciente del consultorio.



ARTI

Arti era un hombre común. Hombre solitario de mediana edad. Era un hombre callado. Vivía solamente con su gato Bob alejado del ruido de la ciudad. Caminaba siempre sumido en sus pensamientos, como queriendo resolver algo en su mente.

Hombre nervioso desde muy pequeño. Siempre con un miedo constante a lo que el futuro le deparaba. Si bien no era alguien pesimista, el miedo era una constante en su vida. Debido a lo cual había llegado con diversos especialistas en psicología e incluso con un psiquiatra que

le había recetado medicamento para la ansiedad. Sin embargo, fuera de este problema era un hombre sano. Continuamente caminaba largas distancias para sentir su respiración, eso le calmaba. A pesar de esto, era algo que tenía controlado y no le causaba muchos inconvenientes.

Arti era muy afecto a leer sobre historias de misterio, teorías de conspiración y extraterrestres. Aunque él normalmente no las creía del todo cierto, siempre tenía sus propias dudas.

Había leído teorías sobre la Luna, de que si el hombre no había llegado nunca a la Luna, que había sido solamente un montaje. Del porqué la Luna tenía una rotación muy curiosa que hacía que siempre viéramos su misma cara. De que quizá la Luna estaba habitada de seres de otros planetas que impedían a los seres humanos regresar. Y una serie de “barbaridades”, como él les decía, que si bien podían ser ciertas algunas cosas, no había nada que comprobara ninguna de ellas. En fin, las historias de la Luna le entretenían mucho últimamente.

Arti Conejo realmente no era su nombre. Era el nombre con que solía firmar sus trabajos literarios, pero que estaba tan acostumbrado a usar este seudónimo que a veces se le olvidaba que éste no era su verdadero nombre. Arti Conejo era en realidad el personaje de una de sus novelas. Novelas que por cierto nunca había permitido leer a nadie, las creía con falta de calidad como para que alguien las valorara de manera positiva.

Arti tenía pocos amigos, se decía a sí mismo que era complicado tener muchos amigos, que no podía atenderlos y que tenía poco tiempo para crear una buena relación con ellos.

Sin embargo, en la columna que escribía para la revista tenía muchos fieles seguidores, seguidores a quienes nunca contestaba sus mensajes ni entablaba una relación más allá. Solamente eran un número que le permitía seguir escribiendo en la revista.

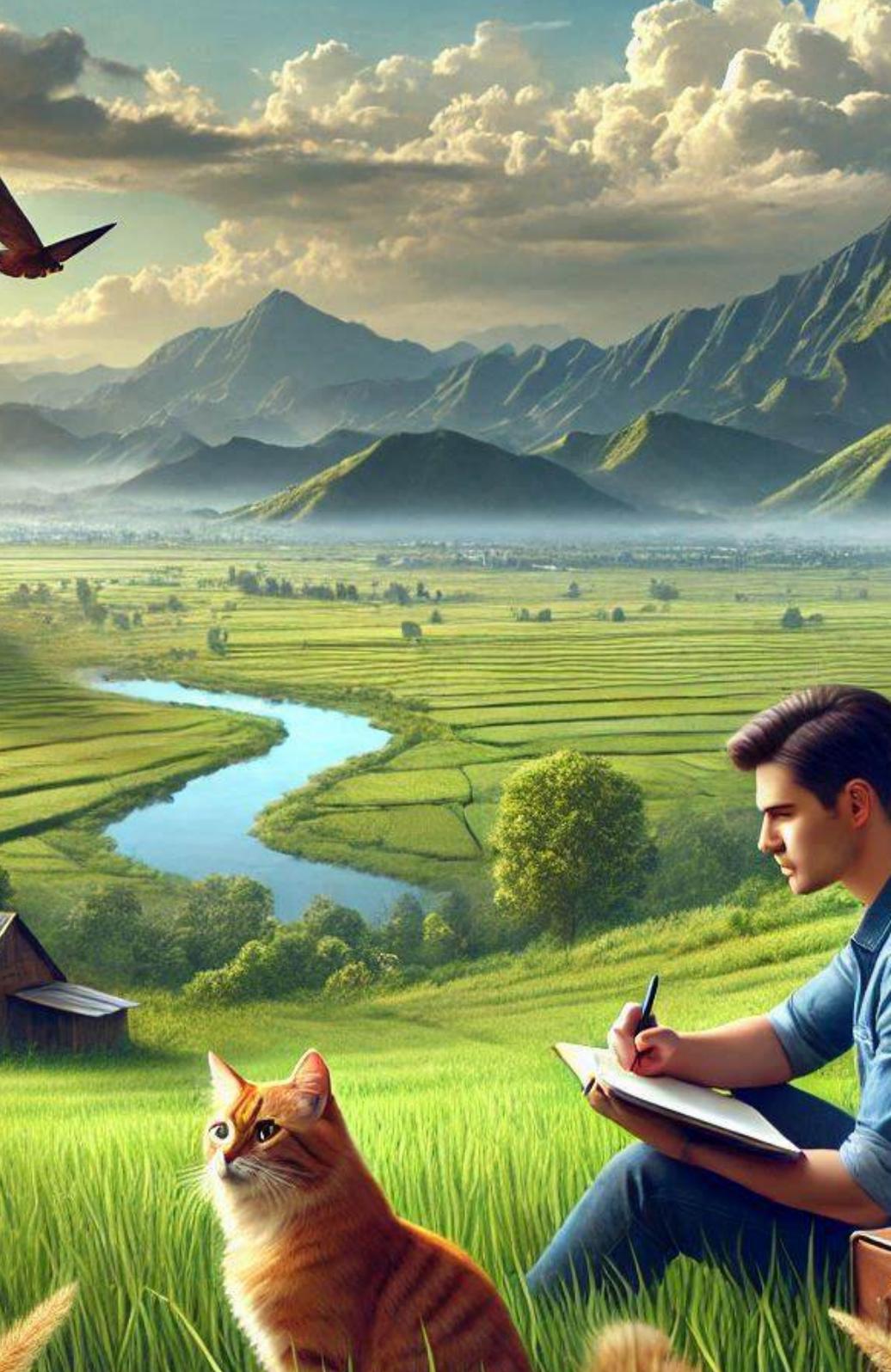
– El día que baje ese número estaré fuera de este trabajo – Se decía a mismo, pero no era algo que le preocupaba mucho. No solía ser una persona estable que mantuviera un trabajo por mucho tiempo. Por el momento, con el sueldo que percibía en la revista era suficiente y le permitía por ahora pagar las consultas con la doctora Spinoza.

Arti Conejo no tenía grandes ilusiones. Había perdido la emoción de vivir hacía tiempo. Sus pocos amigos lo consideraban un hombre extraño pero amable. Loco quizá pero de buenas intenciones. Esto tampoco le preocupaba a Arti, él decía que lo que vemos en los demás realmente tiene que ver con uno mismo y no con el sujeto en cuestión. Pero aun así, muy en el fondo deseaba ser una persona normal.

Su problema inició cuando comenzó a leer muchos libros respecto a las teorías de los sueños. Algunas de las cosas que se preguntaba era: – ¿Los sueños son sólo parte

de nuestra imaginación o en realidad son un viaje a otras dimensiones? ¿Por qué soñamos cosas tan extrañas? ¿Los sueños tendrán que ver con nuestras preocupaciones? ¿Quizá sean el medio en que alguien trata de enviarnos un mensaje? Tal vez los sueños sean una proyección de nuestros propios miedos.

Muchas preguntas se hacía Arti referente a los sueños. Y desde que había comenzado a leer sobre el tema comenzó su problema con los sueños. Que ahora finalmente lo habían llevado a buscar ayuda profesional con la doctora Spinoza.



BOB EL GATO

Bob el gato era como todo gato salvaje, poco sociable y un tanto huraño con los desconocidos. Dormilón a mas no poder, pasaba el día tirado en su almohada de algodón y por las noches se escapaba de casa a hacer travesuras gatunas.

Regresaba todos los días solamente por sus croquetas un poco de agua y a recuperar fuerza para la siguiente noche, se volvía a tirar en su caman suave y esponjosa.

Arti no era el dueño de Bob, Bob era el amo y dueño de Arti. Los que tienen a un gato de mascota saben a lo que me refiero. Arti tenía que esperar a que el Bob tuviera deseos de ser acariciado para poder jugar con él un poco y acariciar su naranja y peluda panza. Ese era el único placer que de vez en cuando Bob le permitía.

Bob el gato había llegado a casa de Arti desde muy pequeño, de hecho su nombre inicial no era Bob, también tenía su nombre secreto. Se acostumbraron uno al otro rápidamente. Uno fiel servidor del otro. (No quiero decir quién era quién)

Sin embargo, la compañía que le hacía a Arti era lo suficiente para cubrir un tanto su soledad. De vez en cuando Bob le ayudaba con las ideas para sus artículos literarios. Bob era una fuente de pelos amarillos y de inspiración para uno que otro cuento.

Bob era un gato salvaje, peleaba de vez en cuando por una gatita, que si bien en su juventud perdía todas sus peleas, poco a poco fue ganando terreno y sembrando una que otra semilla por el barrio. Una vez en un duelo de titanes, Bob casi perdía su cola que quedo sin funcionar por largos meses. Gracias a su veterinaria de cabecera había logrado que volviera a la vida. (Las colas de los gatos son muy importantes, son como un ente independiente del gato y que se mueven a placer)

El gato Bob había sido separado de su familia desde muy pequeño al igual que Arti, era algo en común que también los unía.

La casa de Arti se encontraba en las orillas de un gran bosque de árboles de cerezos. Era como el jardín de juegos particular de Bob y de igual manera su centro social predilecto.

Una vez desapareció por varias semanas. Arti por mucho esfuerzo que hizo no logró encontrarlo. Pego anuncios con importantes recompensas para quien diera informes de su gato sin embargo así no apareció. Arti había escuchado una leyenda de que si a un gato le pides de favor que si ve a tu gato puede darle el mensaje a éste.

— No pierdo nada con probar — Se decía. Así que a cuanto gato se cruzaba en su camino le pedía de una manera muy cortés que si veían a un gato rayado naranja y amarillo por ahí que respondiera al nombre de Bob, les dijeran que regresara a casa que lo extrañaba.

Coincidencia o no, unos días después el gato Bob apareció como si no se hubiese ausentado tanto tiempo, sólo fue a su plato, pidió croquetas y después se tiró a dormir por un largo tiempo. Al parecer durmió 3 días seguidos. (Bueno eso contaba Arti a sus amigos)

En fin, era importante mencionar la existencia de Bob el gato y su relación con Arti, ya que Bob jugaba un papel importante en la vida de Arti y su problema. Pronto entenderán su asombroso rol en los sueños de éste.



EL SUEÑO CONTINUA

– Ten un buen día Arti.

Con una cara de asombro y de decepción volví la mirada hacía Bob y exclamé:

– ¡No, no! ¡Aún sigo dormido! ¡Los gatos no hablan!



Me tiré al sillón y después de un rato me puse a analizar mi situación. – ¿Qué estaba pasando? – ¿Por qué me pasa esto? ¿Y ahora qué puedo hacer?

Bueno en realidad no llegué a ninguna conclusión, más bien mi preocupación iba en ascenso. Afortunadamente en mis sueños no sufro de ansiedad ni nada de esas cosas, sólo la preocupación de tener que ir a trabajar (Y no a la escuela) y si seguía dormido posiblemente llegaría tarde. Me levanté, caminé de un lado para otro. El Bob de vez en cuando me echaba una mirada sin decir nada y volvía a lo suyo. Decidí salir a caminar en lo que encontraba una solución.



No estoy muy seguro, pero creo que caminé por días. Extraño, ¿Verdad? Pero sí, es la sensación que tengo, que fueron varios los días que estuve caminando y soñando. Recuerdo que en aquella caminata, las personas se me quedaban viendo al pasar, si bien no me sentía incomodo, era demasiado extraño. Si embargo, yo en lo mío, tratando de averiguar cómo salir de aquella experiencia.

– ¿Vas a seguir caminando? – Escuche una voz detrás de mí, al volver la mirada vi que el gato Bob caminaba detrás mío. – ¡No me hables! – le dije. – Los gatos no hablan – Pues bien, él no hizo caso y siguió a mi lado por largo tiempo.

– ¡Te puedes apurar a despertar! – me dijo en su poco claro y extraño gatonés – ¡Necesitas despertar! Ya tengo hambre y no hay croquetas.

– ¡Ayúdame! – Le dije.

Y sin más después de estas palabras, se me trepo a la cabeza y me comenzó a rascar y enmarañar mi cabello.

Desperté con el gato Bob trepado en mi cabeza.

Y ahora sí, certifico que había despertado.



DOCTORA Y PACIENTE

– Interesante – Dijo la doctora al terminar de leer el relato del sueño de Arti. – ¿Eso es lo que soñaste la última vez?

– No doctora, ese es el primer sueño. Cuando comenzó todo este relajo. Ese lo escribí de lo que recuerdo de ese día. Pero desde ese día al día de hoy han pasado muchas cosas extrañas y todo se ha complicado.

– Bueno, comencemos analizando este primer sueño y así poco a poco encontraremos el origen de todo. ¿Qué crees que signifique tu sueño?

– ¡No lo sé doctora, usted es la que debería de saber, por eso le pago! – Dijo Arti bastante serio. – Perdone mis palabras pero en realidad estoy muy preocupado.

– No hay problema, no pasa nada. Pero veamos. ¿En realidad tienes un gato?

– Sí, el gato Bob.

– ¿Y comes huevo todos los días?

– Sí también, pero sin mariposa. – Intentó sonreír un poco Arti pero no lo logró, su cara de malestar era más fuerte. La doctora escuchaba con una atención comprensiva. Y siguió preguntando.

–¿Tienes alguna preocupación respecto a la escuela?

– No de hecho hace años que no he vuelto a pisar una escuela, universidad o lo que sea. Sin embargo el sueño de estar en la universidad u en otro plantel similar es muy recurrente. Ya hasta me acostumbre. Sin embargo, eso no me preocupa mucho.– Dijo Arti. Su nerviosismo detonó una vez más su tic en la oreja izquierda.

La doctora al notar que el estado de ansiedad de Anti iba en ascenso, decidió hacer algo más práctico.

– Hagamos un ejercicio Arti. Quizá esto nos ayude un poco. Haremos un ejercicio de relajación y de imaginación. Arti sólo afirmó con su cabeza.

La doctora dio las indicaciones a Arti. Era una técnica oriental de relajación y meditación que había aprendido en el lejano oriente, en uno de sus viajes de exploración por el mundo.

–Toma asiento en una postura cómoda.– Arti se acostó en el diván y comenzó a relajarse con la guía de la doctora. – respira suavemente, relaja cada una de las partes de tu cuerpo y pon atención a tu respiración.

Arti siguió con atención las instrucciones que le daban. Con los ojos cerrados comenzó a imaginar.



IMAGINACIONES

Tomó su cigarro y aspiró con suavidad aquel humo que le tranquilizaba en aquellas noches en que no podía conciliar el sueño. Abrió la ventana que daba hacia la calle y solamente las cortinas quedaron cubriendo parcialmente la vista exterior. Se sentó en un cómodo sillón que, aunque ya se encontraba en muy mal estado le permitía descansar en aquel tipo de situaciones.

Absorbió una vez más el humo y sintió dentro de sí una agradable sensación de placer.

La silueta de un gato se proyectó sobre la ondeante cortina la cual deformaba la figura gatuna que tomaba mil y una formas diferentes. Una vez más aspiró la esencia proveniente de su cigarrillo e inspirado en las

diferentes transfiguraciones del gato sobre la cortina, comenzó a imaginar.

Una primera figura llegó a su mente producto de aquel juego de sombras, era un violín cuyas cuerdas se movían elásticamente como con vida propia. Y entonces se imaginó a sí mismo como un gran músico, se imaginó dirigiendo una monumental orquesta. Un numeroso público silencioso a su espalda no era motivo para inquietarlo, ya que él tenía una gran seguridad de que sus movimientos eran precisos, exactos. Por momentos se perdía en cada una de las notas que de los instrumentos emanaban, semejante al agua que brota del arroyo y desaparece la sed soñar. El primer movimiento había sido genial, como él lo había esperado. El segundo lo inició con gran ímpetu, las trompetas resonaban en toda la sala infundiendo en el alma de los presentes esa alegría desbordante que el autor había plasmado en su obra. Entraron en escena los cornos, los cuales agitaron aún más el ambiente sinfónico. Los violines siempre ahí, siempre dispuestos a llevar la melodía por buen camino. Se acabó el segundo movimiento y los espectadores hicieron un gran esfuerzo por no aplaudir antes del final de la obra. El tercer movimiento se inició con dramatismo, el primer violín se enfrentó con un pasaje de complicada interpretación, al tratar de que su ejecución fuera lo más exacta posible, de que no se perdiera ni una sola gota de la esencia de la música, la tercera cuerda del violín estalló en pedazos debido a ese gran esfuerzo. Al escuchar tal disonancia, el nerviosismo hizo presa de él, era lo que

menos hubiera esperado. Pero trató de controlarse y continuó dirigiendo. El público al parecer no había notado la falta del instrumento, sin embargo, se aproximaba el solo del violín, y forzosamente tendrían que darse cuenta. Pensó rápidamente la solución antes de que ese momento llegara. Se iluminó su mente al encontrar prodigiosa solución. Siguió dirigiendo los siguientes pasajes de la obra, y un momento antes de la prevista entrada del violín, alzó su batuta en alto, y manteniéndose así por algunos instantes decidió dejar esa imaginación.

Soltó el humo contenido en sus pulmones y respiró profundamente.

Una vez más fijó su vista en las cambiantes figuras y esperó a que apareciera una que le inspirara.

En esta ocasión hizo su presencia una frondosa pluma de ganso que se agitaba al ritmo que el viento le marcaba. Y se imaginó poeta. Tomó unas hojas blancas que se hallaban sobre su desarreglado escritorio para poder comenzar un poema. Decidió realizar el más bello poema sobre sus más profundos sueños. Introdujo lentamente la pluma sobre el tintero y esperó a que llegara la primera idea, el primer pensamiento. Él tenía la seguridad de que podría plasmar sobre aquellos papeles su gran genio hasta entonces oculto. Al percatarse de que la imagen inspiradora tardaba en llegar, decidió entrar a buscarla él mismo en el fondo de su corazón. Penetró con suavidad para no producirse dolor, para no dañar las recientes heridas que aún no habían cicatrizado del todo,

y para tampoco despertar las antiguas heridas de pasadas batallas. Buscó en cada rincón, pero al parecer no había nada digno de una gran poesía, siguió avanzando por entre los pequeños conductos que le conducían a las diferentes cavidades cardiacas, pero aun así no hallaba lo que buscaba. Sólo quedaba un lugar por buscar, era un sitio donde inicialmente no se había atrevido a entrar pero que era el último lugar en que podría encontrar algo si es que lo hubiera. Pensó: — si entró y encuentro lo que busco podré realizar esta gran obra, pero si no lo hallo me causara una gran confusión y ... y decidió dejar hasta ahí esa imaginación.

Dejó caer la ceniza al suelo y repitió sus movimientos mecánicamente una y otra vez.

Había entrado ya a veintitrés imaginaciones diferentes, las mismas que había abandonado sin terminar por algún diferente motivo. No había quedado satisfecho con ninguna de ellas así que decidió realizar un mayor esfuerzo y llevar a cabo una imaginación digna de él.

E imaginose a sí mismo dentro de un cuarto de hotel cerca de los suburbios al sur de la ciudad. Se imaginó que había llegado ahí huyendo de los demás, que había alquilado aquel cuarto únicamente por una noche mientras decidía a donde ir al día siguiente. Se imaginó sin poder dormir presa de sus agobiantes recuerdos. Y se imaginó que encendía un cigarrillo sin filtro, que abría las ventanas para tener una mejor ventilación y así poder

pensar mejor. Se imaginó que se sentaba en un viejo sillón desde donde podía observar las sombras que un gato proyectaba sobre una cortina blanca, la cual se movía al compás que el viento dictaba. Y se imaginó que aspiraba el humo del cigarro el cual le ocasionaba una agradable sensación de placer.

E imaginó que imaginaba.



DRA. EMELY SPINOZA

Emely Spinoza no era su verdadero nombre. Mujer de mediana edad, admirada por sus conocimientos pero también por su belleza tanto externa como interna. Admiraba por muchos, abundante en pretendientes. Sin embargo, era una persona centrada. No hacía alarde de sus conocimientos ni se jactaba de sus dones en esta vida.

Emely había nacido en un barrio pobre, de padres estrictos. Donde la responsabilidad se permeaba en toda la familia. De estudiante había sido un ejemplo a seguir, no había casi nada negativo que decir de ella.

Pero, había un pero. Era alguien insegura de sí misma, quizá era la razón porque se había esforzado tanto en la vida para alcanzar lo que ahora tenía. Desconfiaba de las personas, dudaba de la sinceridad de éstas y siempre se andaba con precaución para no caer en situaciones preocupantes.

Si bien había sido educada en la religión y costumbres de sus padres, su curiosidad y su deseos de saber y aprender, le habían llevado a conocer otras culturas, otras formas de pensar.

Siempre cuidaba de su salud que consideraba lo más valioso en la vida. Su trabajo era muy importante, era su principal responsabilidad. – Sí ayudo a otros, me ayudo a mí misma. – Se decía constantemente. Y era verdad, ella había ayudado a muchas personas, no solo en el ámbito profesional si no en muchas otras facetas de su vida.

Su trabajo le había permitido conocer muchos lugares en el mundo. Las personas y el sentido que cada una le daba a sus vidas eran sus motivadores principales.

Emely era precavida al creer historias en apariencia fantásticas. Nada de teorías de conspiración, vida extraterrestre, duendes, hadas, nada de eso. Solamente lo que la ciencia podía confirmar.

Arti Conejo había llegado a su vida como un paciente singular, con la creencia de que no podía despertar de sus sueños. Que contaba historias realmente inverosímiles. Aunque la especialidad de la doctora era

ayudar a las personas con problemas para dormir, había aceptado este caso por mera curiosidad profesional.

Había sido casada por varios años, con su príncipe azul decía ella. Pero cosas del destino la llevaron a ella y su marido a seguir por rumbos diferentes.

Emely tenía grandes sueños, a los que se dirigía lenta pero firme. – Pasos de bebé.– Decía ella.

Poco sabía en ese momento que conocer a Arti Conejo, le cambiaría la vida.



AL DÍA SIGUIENTE

Aquel día, Arti no había compartido con la doctora la experiencia que tuvo en la imaginación de la terapia. Guardo el recuerdo para sí mismo y se sintió contento por todo ese día. No había tenido malestar alguno, ni ansiedad, ni preocupaciones ni nada. Sonrió como hacía mucho no lo hacía. – Bien podría escribir un libro de Imaginaciones. – Se dijo para sí mismo y volvió a sonreír.

Al siguiente día Arti salió a caminar, era día de descanso en el trabajo y quería tomar aire y sol fuera de casa. Bob el gato le miró antes de salir y Arti le regresó la

mirada, cada uno entendía el mensaje. –Regresa pronto.– Pensaba Bob. – No tardo.– Pensaba Arti.

A Arti le gustaba caminar fuera de casa porque podía ver el sol brillante que pocas veces entraba por la ventana de la casa, sentir el viento cálido de verano en la cara y su pasatiempo favorito mirar personas. Mirar personas era algo que solía hacer constantemente, intentando imaginar cómo sería la vida de cada persona que pesaba cerca de él. – Este va triste, quizá su mascota no quería comer. Aquel está enamorado, se le nota a leguas. Esa señora va apurada al mercado porque su marido sale de viaje. – Y así pasaba imaginando un mundo para cada una de éstas.

Sin embargo ese día noto algo más, que si bien siempre había estado presente, nunca había puesto atención. Las personas caminaban como dormidas, como si estuvieran soñando cada uno en su mundo. No miran al sol ni sentían el viento. Unos quizá solo piensan en la persona de quien estaban enamorados, otros si llegarán a tiempo para las compras del mandado, aquellos otros pensando que les falta dinero para terminar el mes. Otros y aún en fines de semana pensando en los pendientes de su trabajo.

– Todos están soñando.– Se dijo para sí. Y continuó observando a cada persona pasando frente a él. Solos o en pareja vivían en otro mundo que no era éste. Como si todos fueran los personajes animados de una película.

– ¿Yo estaré así? – Se preguntó. ¿Y si estoy soñando como ellos? ¿Si somos parte de un sueño en común?

El tic en la oreja izquierda hizo su aparición. Arti al notarlo se dio cuenta que debería de dejar el paseo en ese momento. Y recordó que no había tomado su pastilla para la ansiedad. A paso rápido regreso a casa.

Entró a casa y creyó oír decir. – ¡Ya era hora, ya tengo hambre!



ARTI Y EMELY

Ya había pasado tiempo en que Arti tuviera sesiones de terapia con la doctora Spinoza. Quizá más de tres meses habían pasado desde la vez en que se conocieron.

Poco a poco, paciente y terapeuta cruzaron la línea prohibida. Y se hicieron amigos. Nada recomendable para ambos. Esa relación podría causar que la terapia no tuviera buenos resultados. Podría causar que el diagnóstico que se tuviera fuera demasiado subjetivo al estar influenciado por la amistad que ahora compartían.

Las terapias se habían convertido en un Arti compartiendo sus historias y creencias y en una doctora escuchando y tratando de entender quién era él.

– ¿Qué realmente pasa cuando soñamos? – Preguntaba Arti. – ¿Es solo nuestra imaginación o quizá en realidad viajamos a una dimensión alternativa? ¿Una proyección de nuestro inconsciente o un lugar donde vivimos otra vida?

– Los sueños son solo una proyección del inconsciente – contestaba Emely. – Una proyección de nuestra vida diaria o de nuestras preocupaciones. Quizá eventos que nos han marcado. Es más, la ciencia aclara que el sueño es solo otro proceso fisiológico de los seres humanos.

– A mí me gusta pensar. – Dijo Arti – Que los sueños son una especie de mundo mágico, en una dimensión donde muchas cosas podemos hacer. Podemos volar, viajar a otros planetas, hacer cosas que normalmente no podemos, bucear en el mar si problemas para respirar bajo el agua. Y conocer duendes, hadas y otros seres que creemos que son un mito.

– A mí me gusta soñar, bueno. Me gustaba soñar hasta que comenzaron los sueños en que me es casi imposible despertar. A veces creo que paso más tiempo intentando despertar que lo que hago en un día normal. Ya no disfruto de los sueños como antes, desde cuando me doy cuenta que debo de despertar pero no puedo, ya

no es lo mismo. El gato Bob es una constante en mis sueños, gracias a él no he enloquecido. Bob siempre tiene palabras sabias para mí, que al final siempre me ayudan a despertar.

– Pero yo he hablado ya bastante de mí en todo este tiempo. – Dijo Arti dirigiendo la mirada a Emely. – ¿Por qué no me cuentas algo de ti? ¿En qué sueñas? ¿Y qué sueñas cuando duermes? Quisiera conocer un poco de ti, me interesa saber cómo es que ves la vida en general. Alguien como tú tan preparada, debe tener una visión más amplia y abierta de las cosas que suceden en esta vida. ¿Has pensado en el sentido de la vida? ¿A qué vinimos? ¿Cómo es que llegamos aquí?

– ¡Espera, espera! – Lo detuvo Emely. – Son muchas preguntas. No soy mucho de hablar de mí, estoy acostumbrada a escuchar. Vamos poco a poco. ¿Quieres? – Dijo y sonrió, con esa sonrisa que encantaba a Arti.

Bueno, en general me parecen muy extrañas las cosas que me platicas, no estoy acostumbrada a escuchar de esos temas pero estoy abierta a entender otras formas de pensar. No he pensado en muchas de las cosas que me preguntas, pero si no te molesta dame algunos días para pensar en ellas y la próxima vez que nos veamos puedo decirte lo que he pensado al respecto.

Arti la escuchaba con interés. Quizá por un genuino interés en lo que la doctora tenía que decir, o bien, porque

de alguna u otra manera Arti se estaba comenzado a enamorar.



La doctora Spinoza no tenía otras intenciones con Arti, solo buscaba su amistad y conocer de las cosas extrañas en las que él creía. Ella tenía múltiples pretendientes, sin embargo, su trabajo como terapeuta le absorbía la mayor parte de su tiempo. Y de momento no ningún tipo de interés romántico en nadie.

Ambos, Arti y Emely lo tenían claro.

– Pero uno nunca sabe. – decía Arti para sí mismo. Y solía soñar.



Hacía tiempo que ya no se reunían en el consultorio, solían ir a algún café cercano o bien gustaban de caminar por el parque arbolado.

– Ayer el gato Bob me habló. – Dijo Arti repentinamente.

– Claro en tus sueños

– No, en mis sueños no. Yo estaba despierto. O quizá simplemente lo imaginé.

– ¿Y qué te dijo?

– Nada especial, que ya tenía hambre. Pero sí, quizá sólo lo imaginé, los gatos no hablan. Lo voy a llevar al veterinario para que lo revisen, es posible que los gatos de la calle le hayan contagiado de algo, suele pasar.

– ¿Es en serio? – Y Emely rio con ganas en esta ocasión. – Llévalo pues, no vaya a ser contagioso. –Dijo esto y volvió a reír.



Una semana después se reunieron nuevamente. Fueron a comer a un restaurante que estaba de moda en la zona. Había mucha gente en la fila así que tuvieron que esperar por cerca de media hora. En fin, esto no es tan importante.

Entre la comida, Emely comenzó a decir:

– Estuve pensando en lo que el otro día me preguntabas.

– ¿Sobre qué?

– Lo que pensaba de los sueños, de mis sueños y del sentido de la vida. Creo que nunca había pensado en ello, pero esta vez estuve reflexionando.

– ¿Y? – Dijo Ari con grande expectativas.

– Pues no, no tengo idea de todo eso. Creo que lo importante es vivir y ya. Estar sano, ser buena persona, ser trabajador y responsable, tener una estabilidad en todo

sentido y con eso. Todo lo demás solamente son creencias, así que no hay mucho que decir. Y respecto a mis sueños, si te refieres a que cosas quisiera en la vida, pues tener una vida larga y con salud, convivir con mis amigos y familiares. Tener una razón para estar alegre lo más que sea posible y ya, eso es todo.

Con cara de decepción Arti pregunto: — ¿Sólo eso? —
¿No hay más?

– No hay más, dijo Emely y sonrió.



– ¿Llevaste tu gato al veterinario? – Dijo Spinoza con un gesto risueño.

– Sí lo llevé. De verdad lo llevé. Aproveché a ponerle una vacuna que necesitaba. Pero le pregunté al veterinario que si los gatos podían hablar.

– ¿Y qué te dijo? – Con un poco de curiosidad dijo Emely, aunque con una cara de lo que escuchaba era algo gracioso.

Arti con gran seriedad dijo: –Sí, que los gatos al igual que algunos otros animales pueden en parte decir algunas palabras. Claro, no tan claro como las personas, pero de que pueden, pueden.

Ella no quiso sonreír en esta ocasión, miró a Arti con una cara de seriedad y satisfacción de tener la razón en esta ocasión.

– Pero bueno, quizá sólo imaginé que me habló el gato Bob. Tal vez porque me gustaría que realmente me hablara.

– Como en mis sueños. – Terminó diciendo.



LA VOZ DEL GATO

– Soñé con cocodrilos.– Le dije.

– ¿Otro de tus sueños locos? – Me contestó. – ¿Y cómo era tu sueño?

– Pues tenía que pasar al otro lado de un camino, pero había muchos cocodrilos en medio, no me dejaban pasar. Otras personas pasaban y no les hacían nada. ¿Qué crees que signifique mi sueño?

– Yo creo que son tus miedos. Lo que te impide avanzar hacía lo que quieres. Es normal, el día que tengas

el valor suficiente para enfrentarlos habrás dado un gran paso.

– ¿Pero miedo a qué? – Le pregunté.

Y ella me contestó mirándome a los ojos con esa mirada que me encantaba. – Pues como el miedo que me tienes a mí. – Me dijo y logró ponerme un poco nervioso.

Traté de conservar la calma. – ¿Cómo? –

– ¿Estás enamorado de mí, no es así? –

– Pero, pero. ¿Cómo sabes eso? – Mis manos comenzaron a temblar. Era verdad lo que decía, pero nunca me había atrevido a rebelárselo. ¿Y ahora qué le digo?

– Eso es evidente, las mujeres nos damos cuenta cuando alguien siente algo por nosotras. He esperado mucho tiempo a que te decidas y des el siguiente paso. Pero al parecer necesitas un ligero empujón. – y sonrió.

– Es verdad. – Le dije. Pero nunca creí... – Hice una pause y continué. – Nunca creí que alguien como tú se fijaría en alguien como yo.

– Pues ya ves. Todo es posible.



– Eso quisieras. – Escuché decir a mis espaldas.

Era el gato Bob. Que me miraba con cierta compasión. En ese momento me di cuenta que lo que estaba sucediendo no era real, era sólo parte de un bello sueño. Y en ese momento todo se desvaneció incluyéndola a ella.

– Sólo es una proyección de las cosas que deseas pero por tu miedo no te atreves a enfrentar. Como lo de los cocodrilos. – Me dijo ahora en un claro gatonés.

Por primera vez, el gato Bob me hablaba por más tiempo en uno de mis sueños.

– Pero si los gatos no hablan. ¿Cómo es que haces eso?

– Es solamente un sueño, recuerda. Aquí muchas cosas son posible.

– ¿Y cómo es que sabes tantas cosas de mí?– Le pregunté.

– Yo soy parte de ti.



– ¡Qué raros son los sueños pensé!

– Sí así son, respondió el gato Bob.

– ¿También lees el pensamiento? – Le pregunté

– Claro aquí todo es posible. Además recuerda que tú y yo somos lo mismo.

– Pues yo no tengo esos bigotes tan feos. – Le dije y me reí.

– ¿Por qué siempre apareces en mi sueños?

– Porque si no ¿Quién te ayudaría a despertar?

– Antes no necesitaba de tu ayuda.

– ¿Quieres despertar?

–Sí, le dije.

– Pues sígueme.



Lo seguí por curiosidad. Por primera vez el Bob me hablaba directamente y de esa manera.

– ¿A dónde me llevas?– Le pregunté pero como respuesta solo siguió caminando.

Caminamos por la noche, por los tejados de las casas, por encima de los árboles, por caminos estrechos. No recordaba haber estado por ahí antes. Llegamos después de algunos días a las faldas de una montaña.

– ¡Llegamos! ¡Ya no llores!

– No estoy llorando, lo que pasa es que ya estoy cansado. No sé cuánto llevamos andando. Y no ha sido fácil seguirte.

– ¿Quieres despertar, no?

– Sí, pero...

En ese momento sonó una campana.

– Mañana seguimos. – Dijo eso y desapareció corriendo.

Timbró nuevamente la campana, y abrí los ojos. Estaba en mi cama y arriba de mí el gato Bob, mirándome.

– Por fin. – escuché nuevamente. Pero quizá sólo fue mi imaginación.



INCERTIDUMBRE

Al día siguiente Arti narró a Emely el extraño sueño que había tenido. Claro omitió la parte donde le decía que estaba enamorado de ella.

– Algún día le diré lo que siento por ella.– Pensó

– ¿Y qué piensas de tu sueño?

– No lo sé, cada día se vuelven más locos. ¿Crees que los gatos puedan meterse al sueño de las personas? – Pregunté, con la esperanza de que me dijera algo agradable.

– Yo creo que no. Los sueños son solo imaginaciones en la mente de las personas. Has vivido tanto tiempo con tu gato que ahora se proyecta en tus sueños. Y esa idea de que siempre te cuesta trabajo despertar hace que en los sueños también aparezca ese tema. – Dijo la doctora en su papel de terapeuta.

– Pero quien sabe. – Continuo. – El mundo es tan complejo que aún no entendemos muchas cosas, o nuestra capacidad de razonamiento no nos da para comprender la vida. Pero si creo que muchas cosas son posibles pero que aún no las comprendemos. Así que no te quito la idea de que es posible que algo en tus sueños signifique algo relevante.

No era la respuesta que le hubiera gustado escuchar a Arti, pero eso era mejor que nada. La incertidumbre le daba esperanza.

Después de hablar sobre su sueño y pensando en la parte que no le había dicho a Emely, Arti le preguntó:

– ¿Estás enamorada? ¿Sales con alguien? ¿ Te gustaría volver a casarte?

– Espera son muchas preguntas. – volvió a decir.

– No, no estoy enamorada. No salgo con nadie, tengo muchos amigos pero solamente eso. Y sí, me gustaría volver a casarme. No de momento pero algún día sí.

– No piensas que si te tardas se te puede acabar el tiempo.

– Pues si se me acaba, esperaré a la siguiente vida.
– Sonrió con picardía.

– Pero tienes pretendientes, no es así? Alguien como tú debería de tener una fila formada por ti.

– Mmm... Es posible. Pero nadie que llame mi atención. Hay que ser paciente en esas cosas.

– ¿Y tú?

– ¿Yo qué?

– ¿Estás enamorado? ¿Sales con alguien?

– ¿Enamorado? No estoy seguro. Quizá. Salir con alguien, no. Bueno contigo.

Dijo eso Arti con la esperanza que algún día podría decirle la verdad de lo que sentía por ella. Ella no le respondió la indirecta.

– Muy bien, ojalá que de quién te sientas enamorado te corresponda de la misma manera.

Arti, cerró los ojos e imaginó mil posibilidades.

– La incertidumbre me da esperanza. Pensó para sí mismo.



– Mañana salgo de viaje. Se me había olvidado comentarte. Estaré fuera por dos semanas. Así que no podremos vernos. Dijo Spinoza a Conejo.

– Está bien, ve con cuidado. Le contestó.

– ¿Vas por asuntos de trabajo?

– No, luego te cuento cuando regrese.

– ¿Vas sola?

– No, ya te platicaré. Por ahora me tengo que ir. Tengo que preparar mi maleta.

– Muy bien, aquí te espero. Cuídate.

– Así lo haré.

Esa incertidumbre le dejaba una sensación poco agradable a Arti.

La vio alejarse por ese camino arbolado y hacerse pequeña conforme se alejaba.

Arti esperaba que ella en algún momento volteara la mirada, pero eso nunca sucedió.



ENSEÑANZAS DE GATO

– Tardaste en llegar – Me dijo.

Era el gato Bob. Esperando en una cueva en la montaña y con una fogata encendida para alumbrar y dar calor al lugar.

Yo llegué de no sé dónde, ni de qué manera. Pero ya estaba ahí. Aunque confundido sabía que era un sueño, el sueño que había quedado pendiente con Bob. Me acerqué y me senté junto al fuego. Y únicamente respondí:
– Sí, ya llegué.

— Hay muchas cosas que debes saber. — Me dijo en un claro español. — Pero antes de comenzar si tienes alguna pregunta espero poder contestarla.

Lo miré, la luz de la fogata se reflejaba en sus ojos. —¿Qué hacemos aquí? — Pregunté.

— Has estado buscando. Y me mandaron a ayudarte. Aunque muchas de las cosas en las que tienes dudas ya las conoces., sólo que las has olvidado últimamente.

— Te tengo que revelar un secreto importante. Pero para ello tienes primero que prepararte y saber algunas cosas que te pueden ayudar a entender.

— Así que pon mucha atención. — Ronroneó y se trepó arriba de una roca desde donde podía mirarme claramente.

— Comencemos.



— Tiene tiempo que te cuesta trabajo despertar. Vives soñando y eso no está bien. Se te acaba el tiempo y tu misión ni si quiera la has comenzado.

¿Cuál misión? — Pregunté. — ¿Tú sabes a que vine?

— Tu también lo sabes. No te lo puedo decir pero te ayudaré a recordar.

– Te preguntas si los sueños son parte solamente de tu imaginación, pues no es así. Estamos en la tierra de los sueños, por así decirlo. Pero estando aquí a veces estamos despiertos como ahora o podemos estar dormidos como últimamente te pasa. – El gato Bob era ahora serio en sus palabra, por lo menos así me parecía.

– Lo sabía. – Dije intentando seguir todo lo que salía de su boca.

– Te explicaré. Maulló.

Por largo rato comenzó a explicarme la naturaleza de los sueños y los soñadores.

– Soñamos de muchas formas, cuando caminamos, cuando jugamos, cuando trabajamos, casi cualquier cosa. A veces despertamos, pero pocas veces y muy brevemente.



Sentí como si hubiera pasado días escuchándolo. De vez en cuando se lamía los bigotes. Yo sólo escuchaba. De vez en cuando alguna expresión de asombró salía de mí, pero no más.

Me confirmaba muchas de las teorías que tenía al respecto al arte de soñar. – ¿Como sabrá todo este gato?
– Pensé.

– Como te dije. – Tú ya sabías todo esto. Sólo que a veces lo olvidas.

– ¿También lees el pensamiento?

– Ya te dije que tú y yo somos uno mismo. Lo que yo sé es porque tú ya lo sabes. Pero no soy tan sonso como tú. – Dijo esto y rio con muchas ganas.

– ¿Emely sabe de todo esto? – Pregunté.

– Ella es parte de tu historia. Así que en teoría sí. Pero ella cree que no. Pero olvídate de ella, es mejor. Pon atención ahora.



– ¿Sabes de dónde venimos? ¿Qué hacemos aquí? ¿ A dónde vamos? ¿Qué es lo que debemos de hacer en esta vida?

– Si claro, sé todas esas cosas y más.– Pero no te las diré. Tú debes de averiguarlo.



– ¿Hay vida en otros planetas? ¿Quién nos creó? ¿ Es verdad que esto es como la Matrix?

– Ja ja ja. – Rio de nuevo. – Has visto muchas películas. Por cierto a mí también me gustó esa película.

– Ahora el gato Bob parecía nada serio y como si se burlara de mí. No le di mucha importancia y seguí preguntando. Tenía muchas cosas que quería saber.

Pasamos días en la montaña a la luz de la fogata. Y seguía explicándome sobre muchos temas que siempre habían llamado mi atención.

–¿Y sobre la muerte? – era algo que debía de preguntar y no iba a perder la oportunidad.



– Estás lleno de preguntas. Que como ya te dije tú sabes las respuestas.

Era verdad, las cosas que me decía confirmaban muchas de mis sospechas sobre la vida y la muerte.

– ¿ Existe Dios? ¿O existen Dioses?

Una a una contestaba mis preguntas, pero las respuestas a veces me parecían ambiguas. Pero en muchas ocasiones me daban la pista para comprenderlas por mí mismo.

– ¿Tenemos alma? ¿Algo parecido?

– Otra pregunta. ¿Tú eres el mismo gato Bob que vive conmigo cuando estoy despierto?

– Sí, así es. – Me dijo.

– ¿Y alguna vez me has hablado?

– Siempre lo hago. Pero tú vives en tu mundo imaginario, por eso nunca pones atención. Tuve que llegar a esto para que entendieras.

Pasaron años. Por lo menos esa sensación tenía. El gato Bob y yo como buenos amigos. Poco a poco veía mi rostro reflejado en su rostro. O yo tenía cara de gato o él de persona. Sus ojos eran como los míos, a veces alegres, a veces tristes su voz cada vez era como la mía.

– ¿Puedo contarle todo esto a Emely, gato?

– Inténtalo. – Me respondió.



– Ya estas preparado para saber la verdad. – Me dijo.

– ¿Cuál es? – Pregunté con ansiedad.

– Por ahora sólo descansa. Regresa cuando tengas el valor suficiente para enfrentar esta verdad. Quizá no te guste. – Lo dijo en esta ocasión con cierta compasión.

– Está bien. Regresaré

–¡Despierta! ¡Tengo hambre!



Desperté con el gato en la panza. Lo miré a los ojos y sólo entendía que quería croquetas. Yo me sentía cansado.

Todo lo que había pasado en el sueño lo había olvidado casi por completo.

Todo esto lo escribí tiempo después, cuando comencé a recordar.

Recordaba vagamente que había soñado con el gato Bob, y algunas cosas sobre la montaña.

Las enseñanzas de gato las había olvidado.





UNA Y OTRA VEZ

De aquel extraño sueño que vagamente Arti recordaba había pasado poco más de una semana. Se dedicó a trabajar como normalmente lo hacía, los pendientes laborales se le habían acumulado.

– Hoy regresa Emely. – Se dijo Arti para sí mismo, y sonrió.

Aún tenía la esperanza de que pudiera llevar su relación de amistad a algo más. – Uno nunca sabe. – Se decía. – Uno nunca sabe. –

Pobre Arti. Estaban a punto de romperle el corazón una vez más.



Emely lucía muy contenta, venía vestida con un vestido de flores amarilla y con el cabello amarrado con una colita. Saludo con un abrazo a Arti y le propuso que fueran a tomar un café para platicar. Ahí le contaría las últimas noticias.

Ambos pidieron un café cappuccino simplemente. Claro, Arti lo pidió con leche deslactosada y café descafeinado. A esas alturas de su vida ya todo le hacía daño.

– Y bien, cuéntame. ¿Cómo te fue? ¿A dónde fuiste?

– Pues viaje a Paris. Fue un viaje increíble, nunca había estado ahí. Cuando vayas lo verás con tus propios ojos. Es realmente bonito.

— ¿Fuiste por motivos de trabajo? ¿Por tomar unas vacaciones?

– Bueno, nada de trabajo. Pero quiero darte una noticia importante para mí. Estoy muy feliz.

– Me voy a casar en un par de meses.

Arti recibió la noticia impactado, no había considerado esa posibilidad. Trató de mantener la calma,

pero sintió que su corazón se quebraba poco a poco. Con esfuerzo disimuló lo que sentía en ese momento.

– ¿Eso tuvo que ver con la razón de tu viaje? – Preguntó Arti con tranquilidad.

– Sí de alguna manera sí. A mi ahora futuro esposo lo conocí hace tiempo en algún viaje que hice a oriente. Me ofreció que algún día fuera a visitarlo a Francia, ya que el residía ahí de hacía ya varios años. Y mantuvimos contacto por todos estos años, y por fin me decidí a ir a visitarlo. Y sucedió como si hubiera magia de por medio. En los días que estuve con él me propuso matrimonio y acepté inmediatamente. – Dijo Emely claramente emocionada. Intentando contagiar un poco de esa alegría a Arti, que claro iba a ser difícil que eso sucediera.

– ¿Y cómo es él? ¿A qué se dedica? ¿Te irás a vivir con él?

Después de largo rato de que ella contara más de los detalles que a él le interesaban. Se despidieron con un fuerte abrazo de parte de ella y con una tristeza que Arti supo ocultar en parte.

– ¿Nos volveremos a ver? – Preguntó él

– Claro cuando tú quieras. – Contestó ella.



– Arti regreso a casa con unos sentimientos que no podría describir, como si de golpe hubiera perdido todas sus ilusiones, la vida había perdido su magia.

Llegó, y vio de reojo a Bob, se siguió derecho sin saludar y se tumbó en la cama, como si quisiera dormir mil años si eso fuera posible.



El timbre del despertador lo hizo reaccionar. Hoy regresaba Emely. Todo había sido un sueño. Afortunadamente sólo fue producto de su imaginación. Se bañó rápidamente. Se sintió con alegría una vez más. Para él había sido una pesadilla. – Lo bueno que no duró mucho. – Se dijo.

– ¡Y tú no me despertaste! – Le reclamó al gato Bob.

El gato Bob dormido y cansado por una larga noche fuera de casa solamente volvió la mirada por un par de segundos hacía él y regresó a dormir.



– ¡Buen día! – Saludo Arti efusivamente a la recién llegada. Se vieron en el parque de siempre.

Ella llegó vestida con un vestido de flores amarillas y con una colita en el pelo. Se veía genial a los ojos de Arti.

– Quisiera decirte algo Arti. Espero que compartas mi alegría. – al decir esto Arti presagió una noticia poco agradable.

– Dime, ¿Qué sucede?

– ¡Estoy enamorada!

— ¿Qué?

— Que estoy enamorada.

– ¿Cómo sucedió?

– Sólo sucedió. No me lo esperaba. Me reencontré con mi ex marido hace unos días. Hablamos de lo que nos había pasado, de por qué se había acabado nuestra relación. De si todavía nos queríamos. Una cosa llevó a la otra. Decidimos regresar y volverlo a intentar.

– ¿Y cómo te sientes? ¿Eso te hace feliz’

– Sí mucho, como alguna vez te dije él ha sido siempre mi príncipe azul.

– Oh, entiendo. – Alcanzó a balbucear Arti en voz baja.

Su sueño se había hecho realidad.

Una vez más le habían roto el corazón en poco tiempo.

Arti regreso a casa. Quería gritar su frustración. El gato Bob tenía hambre. Ahora le sirvió un plato repleto de croquetas y se recostó en el sillón a descansar. Se quedó dormido viendo un canal de deportes en televisión.



Despertó nuevamente. Un poco confuso miró el día en el calendario.

Todo había sido un sueño.

El gato Bob no estaba en casa, habría salido quizá a pasear una gatita.

– Es más hábil que yo ese gato – Se dijo. – Él tiene mayor facilidad para eso de las gatitas.

Recordó que efectivamente que ese día volvería a reencontrarse con su amor platónico.

Pero pensó: – ¿Y si de nuevo estoy soñando? No, no iré hasta estar seguro de que estoy despierto. – Si el gato Bob estuviera aquí sabría mi situación.

En esos momentos por la ventana llegó Bob el gato. Pasó sin saludar directamente a su plato de comida, estaba vacío.

– Tengo hambre –. Dijo el gato Bob en su ya conocido *gatonés*.



Despertó nuevamente. Olvidó ese extraño sueño. Estaba muy cansado como para tratar de recordar. Había pasado una mala noche.

Se arregló y se dirigió a su cita con la doctora Spinoza.

Al llegar, aún antes de saludar Arti preguntó: ¿Te vas a casar? ¿Estás enamorada?

Ella sonrió. – De donde sacas esas ideas. Primero salúdame y luego platicamos.

– Esta bien, pero no quiero ni ir a un café ni ir al parque de siempre.

– ¿Entonces a dónde vamos? Dijo ella.

– A tu consultorio. Ahí es un sitio más seguro.

– ¡Qué extraño eres! – Dijo. – Me parece bien, porque tengo que pasar por algunas cosas que dejé ahí olvidadas antes de irme.

– Y bien cuéntame. ¿Cómo te fue? ¿A dónde fuiste?

– Bueno, fui a Paris, gracias a un viaje que me regalo una amiga, no iba a poder viajar en esas fechas porque tuvo una complicación y me regaló sus boletos y todo lo que tenía reservado. No podía dejar pasar la

oportunidad de conocer la Ciudad Luz, desde niña era una ilusión conocerla.

– ¡Y te gustó?

– Sí, mucho. Es increíble. Fueron las mejores vacaciones que he tenido en mi vida.

Y por un largo rato contó ella todo lo que había visitado. Todas las cosas que descubrió de la gente y sus costumbres. Mencionó las maneras de ver la vida de las personas. Así por algunas horas continuó.

– Perdón– Dijo ella. – No te he dejado de hablar. Cuéntame ahora tú. Como han sido estos días sin mí. – Sonrió suavemente. – ¿Qué tal tus sueños?

– Sí de eso quería hablarte, he tenido sueños muy extraños últimamente. – Arti aún no recordaba el sueño con el gato Bob en la montaña ni su último sueño de su reencuentro con Emely.

Arti contó mucho de sus últimos sueños, claro solamente los que recordaba y lo poco que su memoria le permitía. Y habló no por mucho tiempo.

Había algo que lo inquietaba.

Estuvieron ambos conversando un poco más de sus propias teorías de la vida, y de los planes que tenía la doctora Spinoza.

Se despidieron con la promesa de verse con más calma unos días después.

Arti llegó a casa. Miró al Bob fijamente y le dijo: – ¡No hables!

El gato no habló.



LAS REVELACIONES DE BOB

Esta vez me di cuenta rápidamente de que estaba soñando. Últimamente me era más fácil reconocer la diferencia entre estar despierto y estar soñando.

– Hace tiempo que te espero. – Me dijo el gato Bob.

Ya no me impresionaba tan fácil. Si el gato hablaba es que estaba soñando.

– ¿Por qué me esperas? ¿Para qué?

– Creo que has vuelto olvidar el tiempo que pasamos en la montaña. – Maulló.

Repentinamente, las palabras detonaron mis recuerdos. Sí, ahora recordaba las enseñanzas del gato.

– Es verdad. – Le dije. – Que cuando tuviera el suficiente valor volviera para que me revelaras un secreto, o algo así. Perdón, lo había olvidado.

– Cuando despiertes, hazlo con suavidad. – Me dijo. Trata de no moverte, si no tus recuerdos desaparecerán fácilmente. Apunta tus sueños así no los olvidarás durante el día.

Y cuando hayas recordado, búscame allá arriba, te estaré esperando.

– Eso haré.

– Nos vemos gritó alejándose el gato entre los tejados.



Los siguientes días hice caso de las palabras del gato. Comencé a recordar. Comencé a escribir mis sueños. Poco a poco recordé las enseñanzas del gato. También recordé ese extraño sueño del recuento con la doctora Spinoza.

El gato Bob, el verdadero. Seguía su rutina habitual: Dormir de día, corretear de noche. Comer y

dormir. Ronronear a veces. Si estaba de buena me dejaba acariciarlo. Jugaba conmigo con sus juguetes de gato. Esos días fueron buenos. Me sentía alegre. Emely no estaba enamorada de nadie y el gato Bob me hacía compañía como en sus años mozos.

Me reuní con la doctora algunos días de la semana, no tan seguido como me gustaría, pero lo suficiente para sentirme bien conmigo mismo.

Pronto le diría lo que sentía por ella. Esperaba solamente armarme de un poco de valor y listo. – Nada pierdo con intentarlo. – Me decía a mí mismo.



– Estoy listo.– Le dije Bob el gato.

Nos volvimos a reunir en un sueño en aquella cueva de la montañas.

– Te contaré poco a poco. – Me dijo. – Para que no te asustes.

– Te escucho.

– Tú no existes. Por lo menos no existes como tu crees. Tú no decides lo que sucede en tu vida. No tienes control de lo que pasa.

– Explícate. – Le pedí.

– Tienes la sensación de estar soñando. Te cuesta trabajo distinguir entre estar despierto o dormido. Déjame decirte que ambas cosas son parte de lo mismo.

Seguía escuchando sin entender.

Hay una fuerza más poderosa que tú, que yo y que todo lo que conoces, que dispone de nuestras vidas a placer. Que decide cómo, cuándo y dónde de cada situación que vivimos. Incluso de lo que pensamos.

– ¿Estás hablando de Dios? – Le cuestioné

– Ojalá fuera eso, pero no es así. – Caminaba el gato Bob alrededor de la fogata, dando vueltas, creando sombras en las paredes. – Dios está mucho más allá de tu comprensión.

– No entiendo nada de lo que dices.

– Sí, es complicado de entender. Cuando yo mismo me enteré de esto fue difícil procesarlo para mí. Sin embargo, estoy aquí tratando de que comprendas tú ahora.

– Entonces. ¿Todo es un sueño?

– En parte sí, pero hay algo más importante detrás de todo esto. Y es momento que ahora lo sepas.

– ¡Bien, ya dime! Te escucho.– Dije impaciente. Temblando, no por el frío, si no por la incertidumbre.

Dirigió su mirada hacia mí. Sus ojos brillaban con el reflejo de la fogata. Sus pelos erizados. Una gran sombra detrás de él. Y dijo estas palabras:

– Tú eres el sueño de alguien más.



REGRESANDO DEL SUEÑO

– Arti. Arti. – Escuchó una voz a lo lejos.

– Arti, despierta. – Se volvió a escuchar.

Arti regreso de su viaje, del sueño en el que se había perdido profundamente. Estaba un poco confundido.

–¿Qué estaba pasando? – Se preguntó en voz alta.
– ¿Dónde estoy?

— Estás aquí, en el consultorio. ¿Recuerdas? Soy la doctora Spinoza. Estás en terapia.

Poco a poco Arti Conejo fue recuperando la consciencia de lo que estaba pasando.

Se encontraba en el diván donde la doctora lo puso en un estado de relajación y de introspección. Una especie de hipnosis. Y comenzó a recordar. Ahora sus recuerdos no eran confusos, le era claro todo lo que había experimentado.

Todo había sido un sueño, o parte de su imaginación. La imaginación del gato, las enseñanzas del gato, su amistad con la doctora, y todo lo que para él habían sido años, todo era solo parte de aquella experiencia onírica en que la doctora lo había conducido.

— ¿Te sientes bien? Preguntó ella.

— Sí, un poco confundido pero sí. ¿Cuánto tiempo estuve dormido?

— Quizá una hora, un poco más. Pero fue muy difícil despertarte. Tienes el sueño muy pesado. ¿Quieres hablar de lo que experimentaste?

— Sí, me gustaría. Pero deme un momento.

— Claro, tómate tu tiempo.



– Ahora comprende doctora. Mi problema no es que no pueda dormir. Mi problema es que no puedo despertar. En mis sueños pasó mucho tiempo quizá más de un año, usted dice que solo fue una hora.

– Pues no soy experta en eso de despertar. Más bien de dormir. Pero bueno, si tú quieres podemos intentar ver qué es lo que te está pasando y así resolver el problema.

– Ok, podemos intentarlo. – Dijo aún un poco aturdido.

– ¿Quieres platicarme sobre tus sueños que acabas de tener?

– Claro. Le cuento.



Arti contó entonces todo lo que recordaba. Acerca del gato que hablaba, de las experiencias repetidas de dormir y despertar y sobre todo de las enseñanzas del gato Bob. Narró todo cuanto detalle pudo. Solamente omitió todas las partes donde aparecía la doctora Emely y su supuesto enamoramiento de ella.

– ¿Qué piensa usted de todo esto? Preguntó Arti al final.

– Es muy extraño, nunca había escuchado algo parecido. Pero quizá tengas que ver con lo que sueles

pensar, con las cosas que te inquietan, o con tus experiencias de vida. Quizá revisando tu pasado podamos encontrar una razón para que ahora te esté pasando esto.

– ¿Pero qué piensa de lo que me dijo el gato Bob?

– Bueno es sólo un sueño. No te preocupes.

– ¿Pero usted no cree que pueda ser real, aquello de que alguien decide nuestros destinos? De que no seamos dueño de nuestras acciones, y más aún, que seamos solo parte del sueño de alguien más.– Preguntó Arti queriendo conocer la opinión de ella.

– No importa que piense yo. Dime que piensas tú.

– Yo creo.– Dijo titubeando. – Que cualquier cosa es posible en este mundo. Hay tantas cosas que desconocemos que quizá exista un pequeña posibilidad de que eso sea posible.

– ¿Te sientes parte de un sueño?

– No precisamente, pero cuando me duermo y sueño tampoco me siento que esté soñando.

Por largo rato, siguieron charlando. Fue una consulta muy extensa. La curiosidad de la doctora Spinoza había crecido. Aunque ella no creía más que en las cosas que podía ver y tocar, en las cosas que la ciencia podía dar una explicación. Aun así escucho a Arti Conejo con mucho interés. Era un paciente peculiar.

Ya había oscurecido y el ruido en las calles había cesado.

— Te parece si seguimos con esta consulta la próxima semana. Creo que hay mucho que procesar para los dos.

— Me parece bien. — Respondió Arti.

Se despidieron de mano.



LA GITANA

Era un sábado por la tarde. Arti se encaminaba rumbo una pequeña plaza en el centro del poblado donde vivía. Era el lugar donde le gustaba caminar y observar a las personas. – Las persona son mágicas se decía a sí mismo.

En la plaza había un kiosco donde los niños se subían a jugar y donde a veces se presentaban algunos grupos musicales. A un costado había una gran iglesia construida en la época de la colonia. Mucha gente paseaba por ese lugar los fines de semana. Personas de

todo tipo podía uno encontrar ahí. Era una de las razones por las que le gustaba a Arti visitar la plaza cuando tenía tiempo.

Por otro lado existían varias tiendas de artesanías, donde se podían encontrar artículos tradicionales del lugar. Se podía encontrar joyería para todos los gustos y bolsillos. Era posible encontrar tanto figuras de ajolotes en todas sus formas, anillos, pulseras, muñecos, pinturas, libros y muchas cosas más. También se encontraban últimamente figuras de capibaras en todas las formas que uno pudiera imaginar.

Se podían ver por el lugar turistas, personajes famosos y en general todo tipo de personas del pueblo. Era un lugar multicultural.

Cerca de ahí un pequeño parque, en él se podían encontrar artículos esotéricos de diversos tipo: Inciensos, pulseras, ropa típica, perfumes, amuletos, y otra cantidad de cosas curiosas. En ese mismo lugar se podían encontrar personas que se ofrecían a decirte tu destino, te decían tu futuro aunque no fueran siempre buenos augurios.

Al centro de este parque se encontraba una fuente con un par de coyotes al centro. A un costado las neverías famosas por su gran variedad de sabores.

Igual se podían encontrar mimos que daban espectáculos callejeros los cuales reunían a la gente alrededor de ellos para mostrar su arte.

A los alrededores, podían encontrarse restaurantes, cafés al estilo parisino. En fin, había una diversidad de actividades para que todos pudieran disfrutar el lugar.



– Ven te digo la fortuna. – Una mujer vestida de gitana tomo del brazo a Arti y lo jaló hacía su lugar cerca de las jardineras del parque.

– No, gracias. – Contestó intentando soltarse de la mujer.

– Si no te gusta lo que te diga, no me pagas. – Insistió.

No hubo que hacer mucho esfuerzo para convencer a Arti. Se dejo llevar. – No pierdo nada.– Se dijo a sí mismo.

Sólo por curiosidad se dejó atrapar por la mujer.

La mujer llevaba una pañoleta en la cabeza, muchos collares y pulseras. Un largo vestido a flores moradas. Todo el equipo para parecer una gitana de verdad.

– Te leeré la mano. Te puedo decir tu destino. La buena fortuna. Yo nunca me equivoco. Mis ancestros me enseñaron todas las artes adivinatorias posibles. Pero a ti,

solamente te leeré la mano. Pareces una persona interesante.

La mujer ya sabía todo el discurso de convencimiento para atraer a su clientes.

Con Arti no fue muy necesario. Estaba dispuesto a escuchar lo que tenía que decir la adivina.



Con poco cuidado jalo la palma de la mano izquierda de Arti hacía ella para poder mirar de cerca.

– Oh, ¡Que interesante! – Fueron las primeras palabras de la quiromántica. Arti supuso que eran las mismas palabras que les decía a todos sus clientes o víctimas como él decía.

La expresión de la gitana, cambio repentinamente.
– ¿Tienes un gato? – Preguntó.

Sin permitir que Arti articulara alguna palabra continuó diciendo.

– ¿Ya lo sabes, verdad?

– Saber qué respondió.

– ¿Quién te lo dijo? ¿El gato?

Y en brusco movimiento aventó la mano de Arti lejos de ella. Comenzó a hablar en una forma extraña, mezcla de miedo y de asombro. – Vete, vete, no vengas a

cambiar mi vida, yo estoy bien así. Vete y no regreses, que tu gato te resuelva la vida pero a mí no te me acerques más.

Extrañado por lo que escuchaba, Arti hizo caso a las palabras de la adivina y optó por alejarse.

– Ese gato y yo tenemos que resolver unos asuntos. – Se dijo a sí mismo y se dirigió a casa.



– ¿Dónde estás? – Llegó diciendo. – ¿Bob, dónde estás? Necesitamos hablar.

El gato Bob salió de detrás de un sillón. Se paró frente a él, lo miró por unos segundos y escapó rápidamente por la ventana.

Dijo esto último y se sentó en aquel viejo sillón que le hacía compañía cada que lo necesitaba.



LA VERDAD

Encontré al gato donde me imaginaba. En la cueva de la montaña, con el fuego encendido. Sus ojos brillaban como de costumbre. Ya eras seguro que estaba soñando, había aprendido a reconocer entre el sueño y la realidad. Pero busqué al gato Bob para hablar con él. Tenía que decirme la verdad de una vez. – Qué estaba pasando.

–¿Ya estás preparando? – Me preguntó, en su ya habitual gatonés.

– Sí, ya lo estoy.– Respondí. – Dices que mi vida la controla algo o alguien más. Que yo no tomo mis decisiones, que me manipulan. Sin embargo, no lo creo.

– Si pienso y siento entonces existo, estoy vivo, nada ni nadie decide por mí. – Agregué.

– Ya es momento que sepas la verdad.– dijo Bob. – Ya es tiempo de que te enfrentes a lo que has buscado por mucho tiempo. Yo no soy responsable de lo que pase, sólo soy el mensajero. Y no, no es Dios o alguna entidad divina que puedas imaginar. Mucho menos el gobierno o una raza alienígena que nos controla. No es nada de eso.

– La verdad es que....

Hizo una larga pausa. Como si temiera decir lo que estaba a punto de decir.

– La verdad es que...

– Eres el sueño de alguien más.



–¿Qué? No entiendo. – Le dije ya un poco alterado.
– Qué tonterías dices. Todo lo que dices es absurdo. Pero tonto yo por creer en las palabras de un simple gato.

– Lo siento pero es así. – Dijo el gato Bob, ahora mirándome con cierta compasión. – Pero espera me dijo, deja que te explique más claramente, aún hay más que decir al respecto.

– No sólo tú y yo somos parte del sueño de otra persona. Todas las personas, lo que conoces, los animales, la vida en general, las experiencias que tienes, tus propios pensamientos, todo, todo eso es decidido por alguien más.

– Para ser más claros. – Continuó. – Tú y todos aquí somos los personajes de una novela que alguien más está escribiendo en este momento. A medida que él escribe nos movemos, pensamos, suceden los eventos que presenciamos. Todo es algo que este alguien está escribiendo. Incluso mis palabras las está imaginando en este momento. A lo que tu llamas gatonés es un lenguaje que él invento para sus historias.

– Lo que digo son sus palabras, lo que piensas son sus pensamientos. Las personas a tu alrededor, él las creo para que no te sintieras solo.

– ¿Tú cómo sabes todo eso? – Pregunté aún sin entender.

– Pues porque yo soy él, tú eres él, todos somos él. Si este escritor quiere que yo te diga eso es porque así lo decidió. No podemos escapar.

– ¿Escapar? ¿Es posible escapar? ¿Qué dice el escritor que me respondas?

– Dice que lo intentes, que hasta este momento nadie lo ha logrado.

– Yo lo voy a lograr.



Desperté muy agitado con el gato en la panza esperando que le diera de comer sus croquetas.



ESCAPAR DEL SUEÑO

– ¿Has probado la meditación? –Preguntó la doctora a Arti. – Eso podría ayudarte con todo este problema de los sueños. Quizá te de algo de luz en esa oscuridad en la que te encuentras.

Arti Conejo había relatado con mucho detalle a la doctora Emely Espinoza, su experiencia con la gitana y el sueño con el gato Bob.

– ¡No me cree, verdad? – Dijo Arti un poco molesto.

– No importa lo que yo crea, importa lo que tu creas. – Contestó la doctora intentando calmar a su paciente.

– Según tú, yo tampoco sería libre. Sería la creación de la imaginación de alguien. Pero yo pienso y decido lo que yo quiero. – Continuó la doctora en su papel de terapeuta.

– Pero sus pensamientos y sus decisiones quizá no sean suyos, aunque usted lo crea. Existe la posibilidad de quien escribe sea quien ponga esos pensamientos en su cabeza. ¿En verdad no cree en la remota posibilidad de que sea así?

– No Arti, lo siento no lo creo. Yo pienso en forma racional y eso de lo que hablas es simplemente imposible.

La oreja izquierda de Arti comenzó a agitarse en forma brusca, todos sus tics aparecían en ese momento.

– No estoy loco. – Decía Arti. –No estoy loco.

– Trata de tranquilizarte por favor. Encontramos una explicación a todo esto.

– No, usted no me cree. Piensa que estoy loco o que todo es producto de mi imaginación. Ya no tiene caso que siga con las terapias.

– Voy a llegar hasta las últimas consecuencias.–
Dijo tomando camino a la puerta de salida. – Encontraré el camino para llegar al origen de todo.

– Voy a despertar.





DESCRIBIR

Arti Conejo se sentó en su banco de meditación. Era una técnica que había practicado durante años aunque no había tenido resultado alguno. Pero esta vez era diferente, en esta ocasión estaba dispuesto a encontrar la salida de dónde fuera que se encontrara.

Bob el gato, se acostó junto a él, como presintiendo que algo grande pasaría.

Arti Conejo no era su nombre verdadero. Era solamente el personaje con el que se disfrazaba para la vida. Para interactuar con el mundo. Para soñar.

Se acomodó en su banco de meditación, lo acomodó de manera en que se sintiera más cómodo. Se hizo de algunos accesorios para facilitar su relajación.

Y comenzó el proceso.

Se relajó con el procedimiento que había aprendido hacía mucho años, que si bien nunca funcionaba, ahora era el momento de que lo hiciera. Respiró con suavidad. – Inhala, Exhala. – Se decía para sí. – La respiración es la puerta. – Se repetía mentalmente. – Inhala, Exhala.

Intentó por largo tiempo poner su cuerpo en estado de relajación, pero le era muy difícil. No estaba acostumbrado a sentarse de esa manera por largos periodos. Sin embargo, su determinación por lograrlo era mayor. Quería escapar de ese sueño infinito en el que vivía. – Lo lograré. – Se decía una y otra vez. – Lo siguió intentando durante más tiempo, se le durmieron las piernas, le dolía la espalda, los mosquitos le picaban. Sin embargo resistió.

Controlar el cuerpo era una tarea fácil comparado con tener que controlar la mente.

Comenzó con ejercicios como poner atención en la respiración, en escuchar lo que había alrededor. Sin

embargo, miles de pensamientos se agitaban en su mente, como un grupo escandaloso de cotorros. – Déjalos pasar. – Se decía.

Fueron muchos los obstáculos los que encontró en su camino, no obstante perseveró. Mientras más complicado más se aferraba.

Intentó activar su imaginación. Intentó enfocarla en un sólo punto, en una luz, en una imagen, en una estrella, lo que fuera.

Un tropiezo tras otro, el cansancio, las distracciones, el dolor del cuerpo, los sonidos en las calles, el frío de la habitación. Fueron muchos obstáculos a vencer.

No se sabe cuánto tiempo pasó, pero Arti perseveró.



– ¿Es un sueño? Se preguntó. –No lo es. – Se contestó con gran seguridad.

Ahora era consciente de lo que estaba pasando, vio su cuerpo sentado en posición de meditación, y él fuera de su cuerpo. Se reconoció sentado. Su cuerpo sudaba, – Él no.

El gato Bob también había despertado, Arti se sintió uno mismo con Bob. Lo que el gato sentía lo sentía

Arti. Lo que el gato pensaba él también lo escuchaba. No era necesario hablar, se comunicaban fluidamente.

Y comenzó a comprender.



Entendió que efectivamente era el sueño de alguien más. Que era solamente un personaje en una novela. Sin embargo, él existía de alguna manera. Él era parte de la imaginación del escritor. Aún más allá, Arti y el escritor eran uno mismo. Si bien el escritor era su creador, él, su creación también existía de la misma manera. Aunque antes no estaba consciente de ello, pero ahora lo estaba.

Comprendió que todos los personajes de la novela, el mundo que se había creado a su alrededor, de alguna manera también existía. La doctora Spinoza, Bob el gato, todos sus conocidos habían también surgido de la imaginación y los sueños del autor.

Se dio cuenta que podía volar, dejar su cuerpo atrás para viajar, para seguir comprendiendo ese universo en el que se encontraba. Ese universo que había sido creado para él y para los demás.

Por primera vez salió del planeta, se maravilló con su grandeza, con su realidad llena de vida. De millones de seres que coexistían de alguna manera.

– ¿Era sólo un reflejo de la imaginación del autor?
¿ O acaso era un reflejo del universo en que el mismo escritor existía?

Ya no tenía miedo, una sensación maravillosa se apoderaba de su cuerpo, de su alma, de su mente, de su espíritu. No había palabras para describir lo que estaba sucediendo.

Pudo darse cuenta que no era el único que conocía el secreto de su existencia. Otros lo habían descubierto tiempo atrás.

– Sigue. – Escuchó decir al gato Bob. – Continuemos. Aún hay mucho por entender.

Por primera vez miraba el universo como nunca antes lo había visto. Inmenso, eterno. Arti ahora se sentía parte de él. Su corazón estaba lleno de dicha, de una alegría indescriptible. No era un sueño, esto era más real. Aunque sólo fuera parte de una novela.

Tomo una piedra con la mano, sintió su peso, su aspereza, la dureza del material de que había sido creada. Y entendió en ese momento, que las piedras, el agua, los animales, las plantas, las galaxias, el cielo, la luz y la oscuridad, todo eso era parte de lo mismo, eran de la misma naturaleza que Arti, y por lo tanto eran su semejantes.

Se vio a si mismo reflejado en la imagen del escritor. Arti y él eran el mismo. Y aun siendo solamente

un personaje de una novela, aun así, Arti era afortunado de existir. De haber tenido la oportunidad de que el escritor lo hubiera incluido como un personaje. Entendió también, que sus sueños también eran sus sueños.

El gato Bob le miró, una mirada de agradecimiento por haber compartido ese breve espacio, por haber coincidido en la aventura de existir. Arti le regresó la sonrisa.

El gato Bob se despidió, su amigo, su eterno amigo. Se alejó volando a las estrellas, a otros planetas, a otros universos. Y por qué no, a otras historias.

Arti lo vio alejarse, había sido un gran compañero. Siempre lo recordaría. A su amigo: el gato Bob.

Escuchó al río, entendió lo que le quería decir. Anduvo descalzo sobre la hierba fresca. Contempló el amanecer y el atardecer. Miró el titilar de las estrellas.

Y comprendió que ellas y él eran uno mismo. Que sus amigos y los que no, también eran parte de lo que era. Que todos los personajes de la novela eran él mismo

Él era todos, todos eran él...

Fin



FINALE

– Terminé de leer tu novela. Dijo ella.

– ¡Qué bien! – Contestó él.

– ¿Te gustó?

– Pues para no haber escrito nada en 20 años, es un buen comienzo. ¿Supongo que todo es ficción, verdad?

– Pues... Sí Claro. Qué otra cosa puede ser. Los gatos no hablan.

– Disculpa que te haya tomado algunas ideas tuyas para un personaje.

– Sí, lo imaginé. Pero no te preocupes. Te doy permiso de usar mis ideas.

Ella sonrió.



Ella no se llamaba Emely y él no se llamaba Arti. Se habían conocido en alguna de sus terapias.

Él se había enamorado a primera vista.

Ella tardó un poco más.

Ambos eran pareja desde hacía no mucho. – Era difícil de convencer. – Solía decir él a sus amistades. – Pero la clave es insistir.

Ella iba vestida con una vestido amarillo y su cabello rizado estaba recogido con una colita. Sus mirada era más importante que sus ojos y su sonrisa más importante que sus labios. Entre eso, sus palabras e ideas lo habían enamorado desde un inicio.

Ahora compartían una vida, un camino de experiencias.



Era domingo por la mañana, un día brillante. Por la

ventana se podía ver un campo pletórico de tulipanes amarillos. Tres ovejas correteaban entre las hierbas. Mariposas de colores y un viento fresco llenaban ese campo verde.

Un Perti cruzó volando.

Ellos se abrazaron. Había muchas razones por las cuales agradecer.

En el sillón se encontraban sentados un conejo, una marmota y una rata de peluche.

– ¿Y el gato? – Preguntó ella.

– Ya llegará. – Contestó él.

Un instante después apareció el gato Esponja entrando por la ventana. Al verlos juntos quiso compartir parte de esa alegría que reflejaban. Camino entre sus piernas y alrededor de éstas restregándoles su cuerpo peludo.

Esponja el gato se aburrió pronto y se dirigió hacia un plato carente de croquetas.

Dirigió su mirada hacia donde ellos estaban. Ronroneó para llamar la atención.

Y hay quien jura que se oyó decir en claro gatonés.

– Tengo hambre.







Y si fuéramos el sueño de alguien más...



Versión

Sueños



Alejandro Pérez Rivera